

14) “Levántate, toma tu camilla y anda”

Nuestra miseria es real y necesitamos ayuda, amor, atención. Pero ante todo y sobre todo, necesitamos a Dios, y corremos el riesgo de olvidarlo. Corremos el riesgo de perder de vista el hecho de que si Dios ha tomado la iniciativa de crearnos, de amarnos, de rescatarnos, llevará a cabo sin falta nuestra curación, nuestra salvación.

San Benito nos lo promete al final de la Regla: “y así llegarás finalmente, con la protección de Dios, a las cumbres más altas de doctrina y virtudes” (RB 73,9). El camino de nuestra vida alcanzará su plenitud, con la única condición de caminar “con la protección de Dios”. Es la ayuda que Dios que lleva a cabo nuestra curación y nuestra vida. Y si los demás nos son necesarios, si se nos dan como compañeros de viaje, no es para asegurarnos la salvación, sino para buscarla juntos, para pedirla juntos y acogerla juntos. Cuando se reconoce que la salvación viene solo de Dios, la salvación personal no está en competición con la de los demás. Dios nos ha querido y creado a todos, nos ha llamado a todos, nos mira a todos y cada uno con la compasión de Cristo. También la curación es, por lo tanto, para todos y para cada uno. No tengo que tener miedo de que la curación del otro impida la mía. Y ayudando al otro, no retraso mi curación, ¡al contrario!

“¿Quieres curarte?”. “¿Quién es el hombre que quiere la vida?”.

Nunca sabemos responder de un modo totalmente puro y libre a esta pregunta. Pero el episodio del enfermo de Betesda nos hace entender que la compasión de Jesús, afortunadamente para nosotros, mira más a nuestra necesidad que a nuestro deseo. Le basta la necesidad expresada objetivamente por la larga enfermedad sufrida por este hombre para concederle el milagro que no tiene ya fuerzas ni ganas de pedir. Jesús le dice: “«Levántate, toma tu camilla y anda.» Y al instante el hombre quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar” (Jn 5,8-9).

Jesús sabe que sin su gracia, sin su iniciativa gratuita, nuestro camino de curación no llegará jamás a su fin. Le basta que sintamos y expresemos, de algún modo, nuestra necesidad de curación para concedérnosla.

Pero nos pide tomar con nosotros la camilla. Es parecido a cuando dice: “Si alguno quiere venir detrás de mí (...), tome su cruz y sígame» (Mc 8,34). ¿Por qué? Quizá para exhortarnos a no olvidar nunca que nuestra necesidad de curación y de salvación permanece, incluso cuando estamos curados. No debemos olvidar la realidad de nuestra fragilidad, de nuestra incapacidad de caminar por nuestras propias fuerzas.

Es siempre la conciencia de la misericordia de Dios, unida a la de nuestra miseria, la que nos permite caminar sobre el camino de la Salvación en verdad. Es en este sentido en el que Jesús, encontrándose de nuevo con el paralítico curado, le dice: “Mira, has sido curado; no peques más, no sea que te ocurra algo peor” (Jn 5,14). Lo peor que puede sucederle es olvidar que lo que le permite caminar no es su fuerza, sino la gracia del Señor que lo ha mirado con amor y ha respondido al deseo profundo de su corazón.

Otro pasaje del Evangelio nos pone ante una pregunta decisiva que Cristo dirige a todos sus discípulos. Se trata del discurso sobre el pan de vida en el

capítulo 6 del evangelio de san Juan. Anunciando a los Judíos que es Él el verdadero pan bajado del cielo, que para tener la vida eterna es necesario comer su cuerpo y beber su sangre, Jesús se encuentra con la incredulidad de sus oyentes, que le dan la espalda y dejan de seguirlo. De tal modo que Jesús se dirige a sus discípulos y les hace la pregunta crucial: “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,67).

¿Por qué es una pregunta crucial? Porque tiene que ver con la decisión contraria a la de la *sequela Christi*. La decisión de irse de Él es lo opuesto a la de seguirle, a ir a Él para permanecer con Él. Los discípulos de Jesús se encuentran aquí con el desafío de decirle de nuevo una vez más “sí” a su llamada, a reanimar la decisión que, un día, les había puesto tras de Él. Jesús renueva su llamada, como cuando decía: “¡Sígueme!” a Pedro y Andrés, Santiago y Juan, Mateo, etc.

Pero esta vez, la llamada está como cargada del camino que han hecho juntos, de las palabras que han escuchado, de los gestos y milagros que han visto, y también de la conciencia de que el hecho de seguir a Jesús quiere decir también sufrir junto con Él la hostilidad de sus enemigos.

Jesús pide a los Doce una decisión de verdad. Cuando les dijo a cada uno al principio: “¡Sígueme!”, no podían reflexionar. Estaban fascinados por Él; se sentían atraídos por su presencia, por su amor, por su mirada. Habían visto un milagro, escuchado un discurso. Ciertamente, todo esto eran buenas razones para seguirlo, para dedicarle toda la vida.

Pero ahora, Jesús parece pedirles un acto de verdadera libertad, una verdadera decisión. Y para que su libertad sea aún más libre, les propone lo opuesto a lo que quiere de ellos. No les dice: “¿Os quedáis conmigo?”, sino: “¿También vosotros queréis marcharos?”. No hace el teatro, no finge. Sabe que pueden irse; sabe que un día, en un cierto momento, se irán y lo dejarán solo. Pero entonces será el miedo quien los determinará, y el miedo no es tan grave, es en el fondo bastante inocente, porque no es un acto de la libertad. Pero ahora es el momento verdaderamente decisivo, la verdadera prueba de la libertad de los discípulos, porque ven la gravedad de la situación, sin un verdadero peligro que les amenace. Por lo tanto, pueden querer o no querer quedarse con Él. Pueden de verdad decidir ante Él, con respecto a Él, con respecto a lo que Él es y a lo que Él dice. Ahora no queda más que Jesús ante ellos, después de que todos los demás Le han abandonado.

Creo que cada uno de nosotros, antes o después, una o más veces en su vida en el monasterio, debe encontrarse en esta situación. Es necesario, porque de lo contrario se permanece en este camino solo por una especie de inercia, o porque se tiene miedo de dejar una seguridad que hemos encontrado o que nos hemos fabricado. Pero Dios, antes o después, nos conduce a todos a puntos cruciales en los que nuestra libertad debe elegir permanecer en el monasterio por Jesús, solo por Jesús, y por un Jesús que parece despojado de toda posibilidad de asegurarnos cualquier otra cosa que no sea Él mismo.